

Tres novelas colombianas

Escribe: GERMAN VARGAS

El terremoto, por Germán Pinzón—Esta novela, ganadora del primer premio en el concurso nadaísta de novela, se deja leer fácilmente. Está aceptablemente escrita. No abusa de los excesos retóricos, hay en ella una plausible parquedad en la adjetivación. Este es ya uno de los valores, en un país donde los aspirantes a novelistas se sienten más atraídos por los oropelesseudolíricos que por la narración propiamente dicha.

El terremoto da la impresión de que fue escrita un poco a la carrera, en forma un tanto apresurada. Pero —y es curioso— al mismo tiempo parece muy releída y revisada por el autor.

Quizá el tema pueda resultar demasiado común y corriente, hasta un poco trivial, intrascendente: el derrumbamiento gradual de un matrimonio bogotano de la clase media, con todas sus mediocridades cotidianas. Pero hay un hecho indudable: los personajes son gentes vivas, no muñecos manejados por el autor. Y actúan como seres vivos. Viven sus opacas vidas humanamente. Y esto es ya mérito de narrador.

Tal vez el mayor valor de la novela de Germán Pinzón es el de no haber caído en la cursilería, no obstante que sus personajes son medularmente cursis. Y de que, en ocasiones, el relato se ve al borde de lo cursi. Lo salva el instinto del narrador. Pudiera ser que su mayor defecto sea el de parecer una novela escrita para concursar. Lo que cabe esperar que no suceda con las obras posteriores.

Sin ánimo de hacer pronósticos generosos, puede afirmarse que si Germán Pinzón se dedica a trabajar, a conciencia y con cabal entrega al oficio, en las nuevas novelas que declara estar escribiendo, va a darnos a sus lectores algo muy superior a *El terremoto*.

* * *

La pequeña hermana, de Pablus Gallinazo—Esta novela compartió el primer premio del concurso nadaísta. Y fue premiada, deliberadamente, como explicaron los jurados, por esa su condición principal: por ser nadaísta. El movimiento nadaísta tenía ya los poemas de J. Mario, de Eduardo Escobar y de X-504 y los cuentos de Gonzalo Arango. Necesitaba un novelista.

Gallinazo abusa de una palabrería pseudo-filosófica trascendental, de un tremendismo blasfematorio que se queda en palabras, sin consecuencias. Es tan excesiva, tan continuada, tan apabullante la blasfemia, que resulta aburridora.

En este libro no pasa nada, absolutamente nada que el narrador pueda ir contando al lector. Pero esto podría pasarse por alto, si tuviera otro interés. Todo se va en párrafos y párrafos, por fortuna casi siempre breves, que repiten hasta el cansancio tres o cuatro cosas que integran la novela. El método no es, ciertamente, novedoso, a pesar de que el juvenil autor pueda pensarlo así.

Los alardes, un poco pueriles en este caso, de novedad tipográfica, no son, tampoco, originales, y ya los habían utilizado muchos escritores, desde Jardiel Poncela hasta Julio Cortázar, para citar dos extremos tan opuestos de calidad literaria. Pero, en fin, es casi imposible hacer algo completamente original. Tal vez no sería aventurado atribuir al autor un aprecio desmedido por ciertos rasgos vargasvilianos que se reflejan en su prosa. Y en los cuales parece gozarse alegremente.

¿Es esta novela, como algunos han creído verlo, una tomadura de pelo? Quizá no, porque produce la impresión de que fue escrita con fervor y con pasión. Y este es acaso uno de sus verdaderos méritos. Aunque todo parece indicar que el autor también se divirtió muchísimo escribiendo este libro.

Obviamente, Gallinazo posee condiciones de escritor que ojalá, con el correr de los años, afloren de modo más marcado y neto en futuras obras. De momento, y con el juicio sobre Gallinazo en suspen-

so, *La pequeña hermana* es apenas un primer libro de un escritor extremadamente joven. Pero claro está que esta apreciación final tampoco es una excusa, ni puede considerarse esa extremada juventud como un mérito especial.

* * *

Los días más felices del año, por Humberto Navarro—Esta obra, que obtuvo el segundo premio en el concurso nadaísta, es una novela cuya lectura se dificulta y requiere del lector un gran esfuerzo para terminarla. Además, produce la sensación de que fue también un gran esfuerzo de su autor el escribirla. Parece que tuviera 600 páginas, pero son apenas 163, aunque de letra pequeña y párrafos largos y muy apretados.

Un sin número de personajes hablan, incoherentemente, toman trago interminablemente, y siguen hablando. La acción es muy limitada y los personajes no convencen.

Es, sin duda alguna, una novela ambiciosa. Tal vez demasiado ambiciosa y su autor no logra dominarla. Resulta enrevesada, desordenada, tremendamente confusa y sin gracia. Con un poco de atención y de cuidado y un mucho de revisión, *Los días más felices del año* habría podido ser una buena novela.

Humberto Navarro tiene condiciones para hacer una obra convincente y es de esperar que no publique las otras novelas que tiene ya escritas, sin someterlas a una revisión muy rigurosa, implacable. Y que ponga en práctica el saludable y abundante sentido autocrítico que le hace mucha falta a esta primera obra.